



POR QUÉ VIVIR **PARA QUIÉN VIVIR**

Cuando empezamos un nuevo año a muchos les gusta decir que es como un cuaderno nuevo que se nos presenta en blanco y que tenemos que rellenar con nuestras obras, cada uno tendrá sus propias tareas, sus propias decisiones y prioridades.

CADA PERSONA TIENE
UN PROYECTO VITAL
BUSCAR A JESÚS
BUSCAR LA VOCACIÓN
LEALTAD A LA VOCACIÓN

Unos que nacen, otros morirán,
unos que ríen, otros llorarán;
aguas sin cauce, ríos sin mar,
penas y glorias, guerras y paz.

siempre hay por qué vivir, por que luchar;
siempre hay por quien sufrir y a quien amar;
al final las obras quedan, las gentes se van,
otros que vienen las continuaran,
la vida sigue igual.

Pocos amigos que son de verdad,
cuántos te halagan si triunfando estás;
y si fracasas tú comprenderás,
los buenos quedan, los demás se van.

En cualquier parte o en cualquier lugar
hay hombres buenos que al morir se van
y mientras mueren no hemos de olvidar,
los buenos viven sin pensar en más.

En cualquier parte o en cualquier lugar
hay grandes obras para realizar,
sólo en la entrega se podrá lograr
un mundo humano de fraternidad.

Seguro que habrás escuchado esta canción que cantaba Julio Iglesias. Pues léela y reléela porque tiene mucho en lo que reflexionar. Podemos dejarnos llevar por el mundo. La lealtad y la fidelidad a la vocación exigen un esfuerzo, valentía, esperanza y lo que es muy importante el apoyo y la presencia de otros.

Seguir la vocación día a día nos producirá la alegría permanente y nuestro desarrollo personal.

Una vez, con motivo del nacimiento de un niño y la partida de un ser querido en la misma familia, la reflexión fue: *unos vienen, otros van*. En la vida habrá acontecimientos especiales, dejarnos llevar por el día a día, comunicar nuestras preocupaciones a ese amigo que nos escucha: Dios.

Pedir que se haga su voluntad en nosotros, sobre todo en momentos de angustia, recuerda a Francisco y recita frecuentemente:

¡Oh alto y glorioso Dios!
Ilumina las tinieblas de mi corazón.
Dame fe recta, esperanza cierta, caridad perfecta;
para que cumpla tu santo y veraz mandamiento.

FRATERNIDAD DE ALICANTE

Peregrinos de la Esperanza



El 29 de noviembre de 2025, dirigidos por el diácono Félix Tormo en la parroquia de San Antonio de Padua, nos reunimos para vivir un retiro de Adviento centrado en una idea profunda y luminosa: ser peregrinos de la esperanza.

Inspirados por la carta a los Hebreos (cap. 11) y por el ejemplo de Abrahán, reflexionamos sobre la esencia del peregrino cristiano: alguien que avanza confiando plenamente en Dios, sabiendo que la vida es un camino y que nuestra meta real no está aquí, sino en Él. “Venimos del cielo y estamos destinados a volver a él”, se nos recordó con fuerza.

El retiro nos invitó a revisar nuestros planes y a preguntarnos si caminamos verdaderamente en compañía de Dios, si vivimos como peregrinos de fe y no como quienes se quedan atrapados en lo inmediato o en las dificultades.

San Pablo, en su carta a los Romanos, nos enseñó que la esperanza no defrauda, porque nace del amor de Dios. Esta esperanza no es optimismo, ni ingenuidad: es una persona, Jesucristo, que nos envía a ser portadores de luz en medio del mundo. Frente a pruebas, dolor o cansancio, el cristiano está llamado a mantenerse firme, confiando en que nada —ni siquiera la muerte— puede separarnos del amor de Dios.

También se nos llamó a transmitir esperanza a nuestros hermanos, no solo con palabras sino con gestos, con cercanía y con bondad concreta. Evangelizar desde la esperanza es ayudar a otros a descubrir el amor de Dios y la bondad del ser humano, incluso en sus fragilidades.

Durante la jornada identificamos las fuentes de donde brota esta esperanza:

- El amor de Dios, encontrado en la oración, los sacramentos y las pruebas.
- La bondad humana, que aunque herida, sigue siendo capaz de hacer el bien.
- La fe, que nos asegura un futuro prometido por Jesús y una morada preparada para nosotros.

La esperanza cristiana no mira solo al más allá: es presente, es realidad diaria, es la luz que sostiene cada paso del peregrino.

La pregunta final que nos dejó el retiro fue tan desafiante como inspiradora:

¿Hasta qué punto somos hombres y mujeres de esperanza?

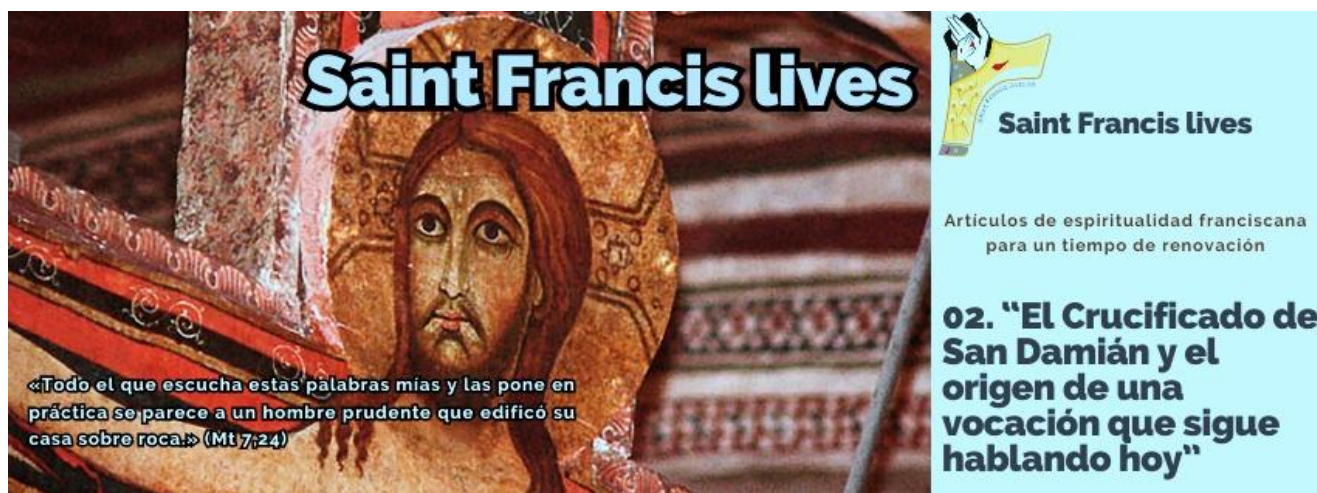
Discípulos enviados a un mundo herido, llamados a sembrar consuelo, alegría y fe. Porque Cristo se ha encarnado porque nos ama; y quienes le seguimos estamos llamados a ser, en sus palabras, sembradores de esperanza.



Frase que lo resume todo: **«Ser peregrinos de la esperanza es caminar confiando en Dios y sembrar la luz de su amor en el corazón de los demás»**

Asistieron un total de 32 feligreses de los cuales 7 éramos franciscanos seculares. Pepe Romero, Lázaro, Toni, José Ramon, José María, Andrés y Raquel. Paz y bien.

La hermana ministra de Alicante y tesorera de la zona, Raquel Sirvent.



«El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él.» (Jn 14,23)

I. Introducción

En continuidad con el primer artículo de esta serie —800 años después: es tiempo de recomenzar—, en el que nos situábamos ante el octavo centenario del tránsito de san Francisco como una llamada a la renovación interior y comunitaria, comenzamos ahora un recorrido formativo que, a lo largo de este año, se irá deteniendo en algunos momentos, textos y claves esenciales de la experiencia franciscana. Nos acercaremos a la vida de Francisco y a sus fuentes, dejándonos acompañar por un itinerario espiritual que sigue ofreciendo luz para el discernimiento personal, fraterno y eclesial hoy.

Ya comentamos que el camino hacia el octavo centenario de la muerte de san Francisco de Asís no puede reducirse a una conmemoración histórica ni a una evocación piadosa del pasado. Si algo muestra con claridad la experiencia fundacional de Francisco es que todo comienza siempre por un encuentro concreto, personal y transformador

con Cristo. Antes de cualquier forma de vida, antes de cualquier proyecto de reforma, antes incluso de una comprensión clara de su propia vocación, Francisco se encuentra con un Crucificado que le habla.

Ese encuentro tiene un lugar preciso: la pequeña iglesia de San Damián, en ruinas materiales y espirituales. Allí, ante un Crucifijo que no es una imagen decorativa sino una auténtica confesión de fe pascual, Francisco escucha una palabra que no se apaga con el paso del tiempo: «Francisco, ¿no ves que mi casa se está derrumbando? Ve y repárala».

Este artículo quiere situarse en ese punto originario. No para idealizarlo ni para convertirlo en símbolo, sino para comprenderlo como lo que fue: el inicio de un proceso de conversión que afectó a toda la vida de Francisco y que, de algún modo, sigue interpellando hoy a la Iglesia y a quienes se reconocen herederos de su carisma.

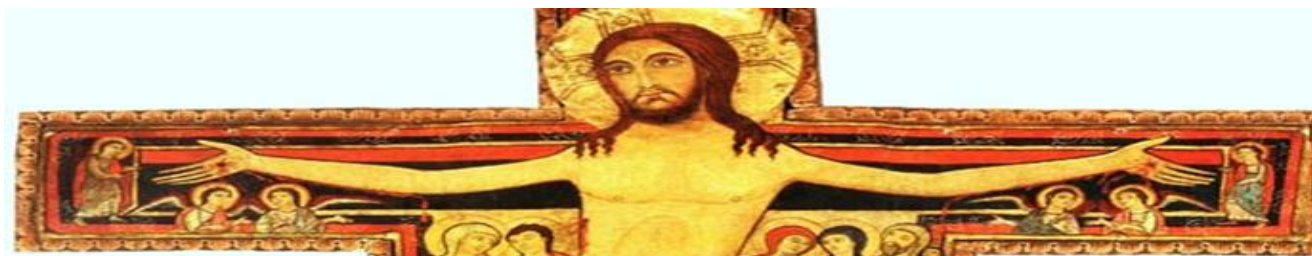
II. El Crucifijo de San Damián: un icono que habla

El Crucifijo de San Damián no puede entenderse como una imagen devocional en el sentido moderno del término. Pertenece al ámbito del icono, y como tal no pretende suscitar únicamente emoción o recogimiento, sino introducir al creyente en el misterio que representa. El icono no es un objeto neutro: es una mediación visible del misterio invisible.

En este Crucifijo, Cristo aparece verdaderamente crucificado, pero no vencido.



Su cuerpo no está abatido, su rostro no expresa derrota, sus ojos permanecen abiertos. La cruz no es presentada como un fracaso, sino como el lugar donde se manifiesta la obediencia plena del Hijo al Padre y su glorificación. Se trata de una representación profundamente pas-cual, en la que la muerte y la resurrección no aparecen separadas, sino unidas en un mismo acto salvífico.



La estructura misma del icono conduce a esta lectura. En la parte superior, los ángeles contemplan y adoran al Señor glorificado. En el centro, los testigos de la cruz participan silenciosamente de ese misterio. En la parte inferior, incluso los muertos son convocados a la vida. Todo el icono está orientado hacia la confesión de que Jesús, el Crucificado, es el Señor de la vida y de la historia. Ante este Cristo no se permanece como espectador. El icono interpela, convoca, introduce en un movimiento de adoración. Quien se coloca ante él queda implicado en la confesión de fe que la imagen expresa.

III. San Damián en el camino de conversión de Francisco

El encuentro de Francisco con el Crucifijo de San Damián no puede aislarse del conjunto de su itinerario espiritual. Forma parte de un proceso en el que confluyen experiencias decisivas: el episodio de Spoleto, donde comienza a resquebrajarse su proyecto de gloria mundana; el abrazo al leproso, que desarma su corazón; la renuncia progresiva a sus seguridades; la escucha del Evangelio; y, finalmente, la ruptura con una forma de vida centrada en el éxito y el prestigio.

Sin embargo, San Damián ocupa un lugar central. Es allí donde Francisco recibe una palabra que da unidad a todo lo demás. La conversión no se reduce a un cambio moral ni a una mejora de conducta; es una llamada que implica una nueva relación con Dios, con la Iglesia y consigo mismo.

Francisco no busca esta experiencia. Llega a San Damián casi por casualidad, empujado por una inquietud interior que aún no sabe nombrar. Se encuentra con un Cristo que no permanece mudo, y esa palabra lo descoloca profundamente. A partir de ese momento, toda su vida quedará marcada por la necesidad de responder.

IV. «No ves que mi casa se está derrumbando»

La voz que Francisco escucha ante el Crucifijo no es genérica ni abstracta. Se dirige a él personalmente y le presenta una realidad concreta: la casa de Dios está en ruinas. En un primer momento, Francisco comprende esta llamada de forma literal. Comienza a reparar iglesias materiales, a reconstruir muros, a devolver dignidad a lugares de culto abandonados. Esta primera interpretación, a mi parecer, no es del todo errónea, sí incompleta. Forma parte del proceso. Francisco responde con lo que entiende y con lo que puede hacer en ese momento. Comienza por reparar la iglesia de San Damián, trabajando con sus propias manos y poniendo al servicio de esa tarea todo lo que tiene. Poco a poco extiende esta labor a otros templos en ruinas de los alrededores, como San Pedro de la Spina y Santa María de la Porciúncula. En ello no hay ingenuidad, sino una obediencia concreta y un profundo respeto por los lugares donde Dios se hace presente, donde se proclama la Palabra y se celebra el misterio de la Eucaristía.

Solo con el tiempo Francisco comprenderá que esa reparación material era el primer paso hacia una llamada más honda: la reconstrucción espiritual de la Iglesia desde dentro.

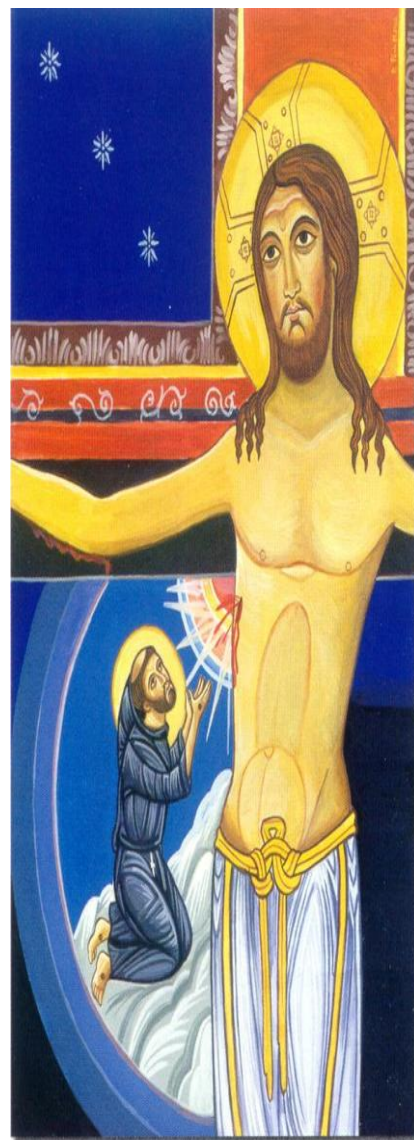
La casa que se derrumba no es solo un edificio. Es una Iglesia que, en tiempos de Francisco, aparece en muchos lugares marcada por la distancia entre el Evangelio proclamado y la vida realmente vivida. No se trata de una crisis de fe doctrinal, sino de una pérdida de credibilidad evangélica, alimentada por la acumulación de bienes, el ejercicio del poder y el debilitamiento del testimonio. Francisco no recibe un análisis de esta situación ni un mandato de reforma estructural. No se le pide que juzgue ni que corrija a otros. La llamada del Crucificado es más radical y más exigente: asumir personalmente la responsabilidad de una conversión concreta, vivir el Evangelio con coherencia y dejar que esa vida transformada se convierta, por sí misma, en principio de renovación para la Iglesia.

Aquí se manifiesta una clave decisiva: la renovación de la Iglesia es siempre obra de Dios, que viene de lo alto, pero pasa necesariamente por la conversión concreta de quienes acogen su llamada y la viven con obediencia.

V. Una llamada que alcanza a quienes viven en el mundo
Es importante recordar que cuando Francisco escucha esta llamada es todavía un laico. No pertenece a ningún estado de vida consagrado ni ocupa lugar alguno en la estructura eclesial. La palabra del Crucificado se dirige a un hombre que vive en medio del mundo y que comienza allí, en su condición concreta, a responder. Esto tiene una importancia decisiva para comprender la actualidad de San Damián. La llamada a “reparar la casa” no está reservada a unos pocos ni limitada a formas de vida específicas. Alcanza a todos aquellos que, desde su propia vocación, se sienten responsables de la Iglesia y del Evangelio.

La reconstrucción comienza en la vida ordinaria, en la fidelidad cotidiana, en la coherencia real entre fe profesada y vida vivida. No se trata de gestos extraordinarios ni de discursos edificantes, sino de dejar que el Evangelio transforme las actitudes concretas. No hay coherencia cuando se muestra un rostro piadoso y amable, pero se responde con gritos, desprecio hacia quien estorba o contradice. No hay fidelidad evangélica cuando se habla de caridad y comunión, pero se humilla, se impone o se ejerce la autoridad desde la dureza. Francisco comprendió que la conversión auténtica pasa por el modo de tratar a los demás, por la mansedumbre en las relaciones y por una vida unificada, donde la oración, la palabra y los gestos no se contradicen.

La incoherencia se manifiesta también cuando la fe se reduce a palabras y gestos exteriores, mientras la vida concreta desmiente lo que se profesa. Jesús lo advirtió con claridad: no basta decir «Señor, Señor», si la existencia no se ajusta a la voluntad del Padre. No hay fidelidad evangélica cuando se invoca a Dios con los labios y, al mismo tiempo, se mantiene una doble vida marcada por relaciones desordenadas, decisiones injustas o conductas que contradicen abiertamente el Evangelio. Francisco comprendió que la verdad de la fe se verifica en la unidad de la vida, no en la apariencia religiosa.



VI. **La oración ante el Crucifijo: el núcleo de todo**

La respuesta más profunda de Francisco al Crucificado no es una actividad, sino una oración. Ante la imagen, Francisco eleva una súplica breve pero decisiva: pide fe recta, esperanza cierta y caridad perfecta; pide sentido y conocimiento para cumplir la voluntad de Dios.

Esta oración no es espontánea ni sentimental. Tiene una estructura clara y revela una comprensión muy profunda de lo que está en juego. Francisco no pide éxito, ni claridad inmediata, ni fuerzas para una misión concreta. Pide disposición interior. Pide ser configurado interiormente para vivir según Dios.

La fe que pide no es una fe subjetiva o emocional, sino una fe recta, es decir, conforme a la verdad de la Iglesia. La esperanza que implora no es optimismo ni expectativa humana, sino una esperanza cierta, anclada en Dios. La caridad que desea no es afecto, sino amor pleno, capaz de entregarse sin reservas. Francisco comprende que sin esta transformación interior cualquier intento de reconstrucción sería superficial.



VII. **«Ilumina las tinieblas de mi corazón»**

En la oración aparece una expresión especialmente significativa: Francisco pide que el Señor ilumine las tinieblas de su corazón.

No se presenta como alguien que ya ve con claridad ni como quien tiene respuestas. Reconoce su oscuridad interior, su confusión, su necesidad de luz.

La conversión no es presentada como un instante milagroso, sino como un proceso de iluminación progresiva.

La luz no brota del análisis interior ni del esfuerzo psicológico, sino del don recibido en la relación con Cristo.

Francisco acepta caminar en la incertidumbre, fiándose de una luz que no posee, pero que espera recibir. Esta actitud de humildad es esencial para comprender su itinerario espiritual.

Las virtudes teologales no aparecen aquí como conceptos abstractos, sino como la forma concreta que va tomando la vida de Francisco. La fe se traduce en obediencia confiada; la esperanza, en libertad frente al miedo y al futuro; la caridad, en una entrega progresiva a Dios y a los hermanos.

No se trata de una espiritualidad intimista.

La fe recta vincula a Francisco a la Iglesia concreta.

La esperanza cierta lo libera de la búsqueda de seguridades humanas.

La caridad perfecta lo conduce a una forma de vida marcada por la pobreza, la fraternidad y la entrega.

Estas virtudes no se improvisan. Son fruto de una relación constante con el Crucificado, que se convierte en el verdadero “libro” en el que Francisco aprende a vivir.

VIII. La Regla y las Constituciones: una recepción viva de San Damián

La experiencia de San Damián no quedó encerrada en la biografía de Francisco. La familia franciscana, y de modo particular la Orden Franciscana Seglar, ha reconocido en esa llamada una fuente permanente de inspiración.

La Regla de la OFS recuerda que los hermanos y hermanas seglares están llamados a vivir el Evangelio a la manera de san Francisco, en su propia condición secular. No se trata de imitar exteriormente, sino de acoger la misma llamada del Crucificado y responder desde la vida cotidiana.

Las Constituciones Generales, al presentar a Cristo pobre y crucificado como el libro en el que el franciscano aprende a vivir, amar y sufrir, sitúan claramente el centro de la espiritualidad en el mismo lugar donde Francisco comenzó: ante el Crucificado que habla y transforma. Así, la Regla y las Constituciones no sustituyen la experiencia originaria de San Damián, sino que la interpretan y la estructuran como forma de vida eclesial, permitiendo que la llamada del Crucificado pueda ser acogida, discernida y vivida de manera estable por quienes desean responder hoy con fidelidad.

Conclusión: una llamada que no se apaga

La experiencia de San Damián no se agotó en la persona de Francisco ni en la forma itinerante que tomó su respuesta. La misma llamada del Crucificado engendró también una vocación distinta y complementaria, profundamente enraizada en la contemplación. En Clara de Asís, la palabra escuchada ante el Cristo de San Damián se traduce en una permanencia fiel, silenciosa y orante. Clara no multiplica palabras ni gestos; custodia, contempla y permanece. Hasta el final de su vida vuelve una y otra vez a ese mismo Cristo que Francisco contempló, sacando de él luz y amor. Con su vida enseña que la reconstrucción de la Iglesia no pasa solo por la acción visible, sino también por la fidelidad silenciosa y la adoración perseverante, sin las cuales toda obra exterior queda vacía.

Las palabras «reconstruye mi casa» no son una consigna del pasado. Es una palabra viva que sigue interpelando hoy a quienes se colocan, con humildad, ante el Crucificado de San Damián. La reconstrucción no comienza por estructuras ni estrategias, aunque ambas

sean necesarias para sostener y custodiar una vida evangélica auténtica. Comienza por la conversión del corazón, por la fe recta, la esperanza cierta y la caridad vivida. Solo allí donde alguien se deja iluminar por Cristo y acepta vivir según su voluntad, las estructuras recuperan su sentido y se convierten en verdadero servicio. Sin esta conversión, también en la familia franciscana, cualquier organización corre el riesgo de vaciarse por dentro y perder su fuerza evangélica.

Volver al Crucificado de San Damián no es un ejercicio de memoria ni un gesto devocional aislado. Es un acto de discernimiento. Ante ese Cristo se comprueba la verdad de nuestras palabras, la autenticidad de nuestras opciones y la coherencia de nuestras formas de vida. Allí se revela si la reconstrucción que emprendemos nace realmente del Evangelio o si responde a criterios humanos. San Damián permanece así como un lugar espiritual al que la familia franciscana está llamada a volver una y otra vez para dejarse purificar, corregir y reorientar.



En el camino hacia 2026, la figura de san Francisco no nos invita a mirar atrás con nostalgia, sino a colocarnos, como él, ante el Crucificado que sigue hablando. Quien escucha esa voz y responde entra en un proceso que no es solo personal, sino eclesial. Por eso, puede ser un gesto sencillo y decisivo buscar tiempo para la oración silenciosa ante un Crucifijo de San Damián, permanecer allí sin prisas, dejando que su mirada se pose sobre la

Arturo García Nuño (OFS)



nuestra. No se trata de decir muchas palabras, sino de dejarnos mirar, de permitir que esa mirada nos atraviese y nos revele lo que necesita ser sanado, purificado y reconstruido. En ese silencio orante, la familia franciscana, también en su expresión seglar, aprende de nuevo a ser testigo humilde y fiel de una casa que Dios sigue reconstruyendo desde dentro.

CITA: Sábado 24 de enero en Santa Catalina



102 AÑOS

La fraternidad de Villarrobledo vivió una jornada junto a la hermana más longeva. Magdalena Lledó Soriano cumplió 102 años. Profesó en 1981. Una hermana cuya personalidad hace que estén todos agrupados. Pues desde aquí nuestra felicitación y que se reúnan todos en torno a san Francisco para que sean una fraternidad viva.

SAN NICOLAS SANTA CLAUS PAPÁ NOEL LOS REYES MAGOS

En estos días hemos vivido, hemos disfrutado de la ternura de Dios en ese Niño motivo por el cual nos reunimos.

Dios que se da a sí mismo. Que llega en lo sencillo y que sólo quien es como niño le puede ver.

Y si Dios se regala, desde muy antiguo conocemos que los Reyes Magos buscan y llevan regalos. Así, San Nicolas ayuda a los pobres y a los niños, en Europa sería Santa Claus y en América Papá Noel. Llevar regalos, eso que en estos días hemos hecho.

El mejor regalo es darnos a nosotros mismos. Como María darlo todo, darnos aunque siete espadas: La Palabra de Dios, nos llegue al corazón. Darse, darnos, con Amor. **PAZ Y BIEN**

